

Entrada libre

Clío en problemas

Simon Schama

Este artículo se publicó originalmente en las páginas de *The New York Times Magazine*, el domingo 5 de septiembre de 1991. Desde entonces, Simon Schama ha publicado varias obras de un claro aliento narrativo: *Landscape and Memory* (1995), *Rembrandt's Eyes* (1999), y más recientemente los dos primeros volúmenes de su historia de Inglaterra: *At the Edge of the World 3500 B.C.-1603 A.D.* (2000) y *The Wars of the British 1603-1776* (2001), una obra cuyo espíritu en más de un sentido está esbozado en las páginas de esta reflexión sobre la crisis de la historia. Traducción de Antonio Saborit.

La escena: un salón de seminarios en la Universidad de Harvard. El asunto: un examen oral a un alumno del último año de historia en peligro de reprobación su examen final. La pregunta: “¿Podría usted comparar la experiencia italiana durante la primera y la segunda guerras mundiales?” El pánico se apodera del estudiante; su frente se perla de sudor. La nerviosa respuesta: “Quiere decir que hubo dos guerras mundiales”.

¿Qué salió mal con la enseñanza de la historia? Veamos todo el paisaje. En la actualidad hay más historiadores —me refiero a los que se ganan el pan de cada día dedicados exclusivamente a eso— que en el lapso de tiempo que va desde la época en la que Heródoto empezó a escribir su crónica hasta nuestros días. Los programas de posgrado de las grandes universidades producen legiones de doctorados, los cuales a su vez producen aún más doctorados, los cuales abarrotan los incontables congresos e institutos que se multiplican. Los salones alguna vez espaciosos de la casa de la historia se han subdividido en las recámaras cada vez más diminutas de las especialidades. Cada vez sabemos más y más sobre cada vez menos y menos. No es difícil encontrar dónde publicar artículos como “Las relaciones laborales en la industria de la margarina holandesa, 1870-1934” (*History Workshop Journal*, 1990).

Las cosas están igual de mal en el nivel del bachillerato, en donde los alumnos se plantan como idiotas ante libros de texto de historia del tamaño de un directorio telefónico y de una lectura casi tan emo-

En la medida en que en las escuelas y en los institutos la historia asuma la forma de un álbum de recortes hecho de retazos documentales y de mentiras piadosas, perderá su capacidad.

cionante. Los millones de dólares dedicados a la impresión de libros están atados a una industria en la que la regla sagrada es “No ofender”, sobre todo no a los comités de adopción electos políticamente cuya aprobación o rechazo pueden impulsar o impedir una publicación. Sin riesgos, muchos de estos libros son obra de una línea de producción de diseñadores gráficos, comités editoriales y tunde máquinas, y sancionados posteriormente por académicos a quienes se les paga por taparse las narices y hacerse de la vista gorda. Son ajenas por completo a estos productos las amplias narraciones de la historia, escritas por una sola mano o a lo más entre dos —como el libro de Nevins y Commager de mi época de estudiante—, capaces de estremecer la imaginación, saciando la inmensa hambre de drama histórico latente en casi toda imaginación juvenil.

Rebajada en buena medida a una rama del civismo, Clío, la Musa que no se atreve a decir su nombre, a pesar de todo se encuentra bajo la mira. Por una parte, se le pide que defienda y transmita las Verdades Eternas de la tradición occidental; por la otra, se le dice que no sirve para nada a menos de que se vuelva “multicultural”.

Se emprenden batallas intensas sobre naderías que serían cómicamente absurdas —como la diferencia entre “personas esclavizadas” y “esclavos”— si detrás de ellas no dejaran más que una tierra baldía de amargas polémicas. Pero los enunciados “eurocéntrico” y “afrocéntrico” pasan por alto el centro de la cuestión, a saber: que en la medida en que en las escuelas y en los institutos la historia asuma la forma de un álbum de recortes hecho de retazos documentales y de mentiras piadosas, perderá su capacidad para atrapar la imaginación. Una historia multicultural que no haga más que entregar amables guías resumidas de la civilización mundial —dos páginas sobre Benin, dos sobre los mongoles— muy probablemente no haga más que aburrir con sus evangelios sobre santidades ancestrales, del mismo modo en que las viejas historias distorsionaron los acontecimientos al hacer énfasis en el dinamismo europeo sin consecuencias.

Y mientras la historia en nuestras escuelas se encuentra amenazada por este tipo de extinción, académicos como Gertrude Himmel-farb se ponen a echar pestes porque las notas al pie son una especie en extinción. (A mí mismo ella me pasó a cuchillo en *The New York Times Book Review* por omitir las notas de *Ciudadanos*, mi libro sobre la Revolución francesa, una obra escrita expresamente para un público popular.) Otros oficiosos comendadores de Clío dan voces de pánico al menor signo de cierto rejuego literario. Los historiadores, sobre todo, son cautos y recatados: evádase lo subjetivo, lo interpretativo. La ruta hacia la verdad debe seguir el duro y empedrado camino del empirismo acumulativo; el santo grial que aguarda al final, es la fría, ascética objetividad. El rostro del historiador no debe acusar la animación del cuentista; debe ser una máscara de impasibilidad.

Pero la autonegación —la supuesta distancia— no era una de las cualidades más notorias en los historiadores que leí en la escuela, ni tampoco en ninguno de los grandes textos de historia que perduran. Los académicos a los que yo admiraba —David Knowles, quien escribió y enseñó sobre la disolución de los monasterios de parte de los Tudor más como un momento trágico que como un triunfo en la construcción del estado inglés; Denis Brogan, originario de Glasgow, quien

tenía una mirada sardónica para el mundo de la política en las repúblicas francesas y americanas; Richard Cobb, cuyo seminario sobre la Revolución francesa fue una de las glorias caóticas de Oxford en la década de los sesenta y setenta— compartían una habilidad común para habitar mundos separados del nuestro por el tiempo y para transportar la intimidad de esa experiencia del “otro” a su obra, para darle voz y color y textura.

Acaso el más excéntrico de estos involuntarios viajeros del tiempo fuera Walter Ullmann, el gran historiador del papado a cuyas habitaciones en Nevile’s Court, Trinity College, Cambridge, me enviaron en el verano de 1965 con el fin de estudiar historia medieval. Ese día caía una tormenta inusual, era una mañana casi negra iluminada por los repentinos trinchés de los rayos. En su gabinete de filósofo estaba la sombría y encorvada figura de Ullmann, con unos lentes a la Pío XII prendidos precariamente de la nariz, la verdosa toga con esa suerte de iridiscencia que adquieren por el uso excesivo las batas académicas en la humedad de East Anglia. Fumando sin parar cigarrillos de la peor marca y arrojando sus cenizas en el interior de la valencia de sus pantalones, Ullmann era una figura de gran excentricidad—aun para los patrones en Cambridge. Como era debido, procedí a leer mi ensayo sobre la conversión al cristianismo del emperador Constantino contra el fondo operístico de una tormenta que a cada momento se volvía más violenta. En cierto punto, en el instante en el que yo estaba llevando al emperador hacia una rápida decisión, cayó un trueno ensordecedor. Ullmann se paró de un salto, corrió hacia la ventana y exclamó: —¡Escucho las campanas de duelo de Bizancio!

Y eso, me imagino, fue lo que escuchó. La historia de Ullmann, la impactante sensación de inmediatez que producía, ¿era peor por ese motivo? Esta síntesis psicológica de los siglos ¿lo hizo el más cuestionable de los académicos, el analista más débil? Lo dudo mucho, pues tampoco fue una traba para Macaulay su entusiasta creencia en la religión del progreso entre los whig, o como tampoco lo fue para Jules Michelet su ardiente fe en el destino democrático de Francia.

La tensión entre los historiadores populares y los árbitros del decoro profesional es en sí misma historia antigua. Muchos de los historiadores más perdurables—Voltaire, Gibbon, Macaulay, Carlyle y Trevelyan— no sólo estuvieron fuera de la academia sino que la desafiaron conscientemente. Gibbon fue alejado abruptamente de Oxford por un padre colérico ante sus coqueteos con el catolicismo y empacado hacia Lausana en donde habría de florecer su intelecto. Pero su relato autobiográfico sobre el “hondo y tedioso potaje de los catedráticos” es uno de los relatos más fuertes en contra de la somnolencia de la vida académica.

G.M. Trevelyan, quien escribiera con gran elocuencia sobre la “esclerótica autocomplacencia de los académicos”, dejó su plaza en Trinity College, Cambridge, precisamente porque creía que los historiadores analíticos aplacarían su deseo de crear la historia literaria que ya se fermentaba en su imaginación. Francis Parkman, el gran historiador estadounidense del siglo XIX, al final acabó dando clases en Harvard, pero su cátedra era sobre horticultura.

Para todos estos escritores, la historia no era un lugar remoto y funerario. Era un mundo que interpelaba con fuerza y apremio a nues-

Para todos estos escritores, la historia no era un lugar remoto y funerario. Era un mundo que interpelaba con fuerza y apremio a nuestras propias preocupaciones. ¿Cómo revivir la idea que ellos tuvieron sobre la inmediatez dramática?



Estudiamos lo que el hombre ha hecho por descubrir lo que el hombre es. La historia es una forma indispensable de autoconocimiento humano. Las naciones y las comunidades no pueden pasar por alto esa especial forma de saber que proviene del estudio del pasado, como tampoco los individuos se pueden entender a ellos mismos sin conocer los actos y las creencias de sus propias familias, de sus propios ancestros.

tras propias preocupaciones. ¿Cómo revivir la idea que ellos tuvieron sobre la inmediatez dramática? En primer lugar, la historia debe liberarse del cautiverio del plan de estudios escolar, en donde la ha tenido como rehén esa tan amorfa y utilitaria disciplina que lleva el nombre de estudios sociales. La historia debe declarar con toda franqueza lo que es: el estudio del pasado en toda su espléndida densidad. Debe poner al descubierto en el preterismo del pasado la extraña música de su dicción.

Las peores herramientas educativas que se emplean para interesar a los niños en la historia son, desde mi punto de vista, esos “periódicos históricos” que empobrecen la experiencia de los siglos pasados con los modernos titulares de los periódicos, con las entrevistas de Preguntas y Respuestas a Thomas Jefferson o a Frederick Douglass, robándoles sus voces a esas figuras y secándoles las mismas cualidades que hacen tan apasionante a la historia. La fuerza narrativa de la historia no depende de que se regurgite a la historia como la noticia en un noticiero. De hecho es al revés. En las debidas manos, la historia ganará poder en tanto se distinga de (y no que imite a) la papilla de nuestro desechable mundo informativo.

G.M. Trevelyan lo dijo mejor: “La poesía de la historia radica en el hecho casi milagroso de que alguna vez, en esta tierra, en este escenario familiar, caminaron otros hombres y mujeres tan reales como nosotros mismos hoy, pensando sus propios pensamientos, agitados por sus propias pasiones, pero que ahora se han ido, desapareciendo unos tras otros, esfumándose como nosotros mismos nos esfumaremos como fantasmas con el canto del gallo”.

¿Por qué hemos de afantasmarnos?, preguntarán con toda razón los estudiantes. ¿Por qué tendríamos que merodear tumbas sombrías? La respuesta debe ser enfática: la historia no es un manual de cómo hacer las cosas, rico en analogías que expliquen el sentido de la crisis de esta semana —Saddam como Hitler, Kuwait como Munich—, y ciertamente tampoco es un tónico cuidadosamente preparado para la autoestima étnica. Como el historiador irreprochable que era, R.G. Collingwood alguna vez lo expresó de este modo: estudiamos lo que el hombre ha hecho por descubrir lo que el hombre es. La historia es una forma indispensable de autoconocimiento humano. Las naciones y las comunidades no pueden pasar por alto esa especial forma de saber que proviene del estudio del pasado, como tampoco los individuos se pueden entender a ellos mismos sin conocer los actos y las creencias de sus propias familias, de sus propios ancestros.

Creo que fue el poeta romano Horacio quien escribió que un pueblo sin historia permanece encerrado en la mentalidad de un infante que no sabe ni de dónde viene ni a dónde se dirige. Conocer nuestro pasado es madurar. La misión de la historia, entonces, consiste en iluminar la condición humana a partir del testimonio de la memoria. Sin embargo, las verdades que muy probablemente emitan tales historias siempre estarán más cerca de las que descubren las grandes novelas o poemas que de las abstractas leyes generales que busca el científico social.

Con este propósito, la institución de los protocolos de la objetividad, resguardados por los comendadores de Clío y valiosos para cierta Suprema Corte Histórica nombrada por la American Historical Asso-

ciation, parece una tarea mucho menos urgente que la de darle a la historia la forma con la que pueda atrapar la imaginación de su público. Esa forma, como lo demostró la impactante serie de Ken Burns sobre la Guerra Civil, producida por el PBS, debe ser narrativa; no debe hacer a un lado el argumento y el análisis, sino darles su debida fuerza dramática y poética. Sin embargo, la única materia que no se imparte en los departamentos universitarios de historia es la narrativa; aun cuando se le admite con cautela en el plan de estudios, aparece atrapada por las pesadas botas de la teoría narrativa. Acaso debiéramos educar a nuestros historiadores académicos no ante un salón de alumnos posgraduados, quienes ya han adquirido una cierta respetabilidad profesional, sino ante un salón de primaria, para quienes la importancia de la historia no queda muy clara.

Estas recomendaciones, sospecho, no serán recibidas con salvas de aplausos por muchos de mis colegas, aunque al fin apareció una discusión fascinante sobre los libros de texto en las páginas del boletín de la American Historical Association, *Perspectives*. La historia siempre ha sido una “tierra en disputa”, como Macaulay lo señalara. “Ocupa los confines de dos territorios diversos. Se encuentra bajo la jurisdicción de dos fuerzas hostiles; y al igual que otros distritos en circunstancias semejantes, está mal definida, mal cultivada y mal gobernada. En lugar de compartirla por igual sus dos gobernantes, la Razón y la Imaginación, la historia pasa alternadamente del gobierno absoluto de una al de la otra. A veces es ficción. A veces es teoría.”

Pero cuando Macaulay escribió lo anterior tenía la temeridad y confianza de sus 28 años. Nació exactamente con el siglo en cuyo progreso creyó fervientemente. En 1828, la gran obra de los historiadores narrativos —Carlyle, Bancroft, Michelet, Prescott, Mommsen y el mismo Macaulay— aún estaba por verse. Más aún, buena parte de la mejor escritura imaginativa de ese siglo se enderezaría directamente hacia la historia: *Los novios* de Manzoni, *Guerra y paz* de Tolstoi, *Felix Hold*, el radical de George Eliot, *Los miserables* de Víctor Hugo, *La educación sentimental* de Flaubert. En 1874, Alexandre Dumas pudo felicitar a Lamartine, un poco medio en broma, por haber elevado a la historia a la condición de la novela.

Entonces, en el tercer cuarto del siglo XIX, cuando los historiadores se transformaron en una disciplina académica, los nuevos departamentos de historia en las universidades vieron la unión libre entre la literatura y la historia como algo esencialmente frívolo. Los contadores de historias fueron desplazados por los científicos que se enfrascaron en la reconstrucción de lo que ellos insistían que era verificable empíricamente —a partir de fragmentos y evidencias—, la versión fundada objetivamente de un hecho, sus causas y consecuencias debidamente delimitadas. Es decir, hasta que un día otro historiador, trabajando a partir de las mismas fuentes, llegó a la conclusión opuesta, estableciendo así el carácter de un “debate histórico”, un juego de diferenciación que se practica en casi todas las publicaciones de carácter histórico. La forma convencional va más o menos así:

La servidumbre en la Fredonia barroca. Una revisión
por John J. Juggins

La misión de la historia, entonces, consiste en iluminar la condición humana a partir del testimonio de la memoria. Sin embargo, las verdades que muy probablemente emitan tales historias siempre estarán más cerca de las que descubren las grandes novelas o poemas que de las abstractas leyes generales que busca el científico social.



La historia siempre ha sido una "tierra en disputa", como Macaulay lo señalara. "Ocupa los confines de dos territorios diversos. Se encuentra bajo la jurisdicción de dos fuerzas hostiles; y al igual que otros distritos en circunstancias semejantes, está mal definida, mal cultivada y mal gobernada. En lugar de compartirla por igual sus dos gobernantes, la Razón y la Imaginación, la historia pasa alternadamente del gobierno absoluto de una al de la otra. A veces es ficción. A veces es teoría."



En 1968, Wendy F. Muggins publicó su artículo seminal sobre la estructura social de las parroquias en la Fredonia del siglo XVII. Una década después, Cuthbert C. Buggins enmendó sustancialmente esta ortodoxia, a partir de la lectura de los registros fiscales de Fredonia. Inexplicablemente, ni Muggins ni Buggins consultaron los archivos parroquiales en la Sylvania Alta. De haberlo hecho, se habrían dado cuenta de que era preciso revisar la opinión generalizada. En las siguientes páginas, trataré de iluminar este asunto.

Conforme las instituciones académicas crecieron en poder y números, el síndrome Juggins-Buggins-Muggins se convirtió en la forma predominante de la discusión histórica. El análisis debía de proceder a través de correcciones; el académico temporalmente victorioso se convertía inevitablemente en el asno ignominiosamente corregido. El tema de la historia pasó a ser el de otros historiadores. Y las narrativas, que fueran el gran motor intelectual en las obras de Motley, el celebrado historiador de la revuelta holandesa, o de Michelet, fueron rebajadas a una mera diversión. El poder para hacer que el lector viviera en el interior de esos momentos idos, para hacerlo sentir por un momento que el pasado era más real, más urgente, que el presente, a partir de ahí se dejó a los novelistas históricos, en tanto que los "profesionales" seguían con sus "obras serias", con la producción de la Explicación Definitiva de los Hechos Importantes.

Los contadores de historias no sólo perdieron terreno, incluso se les despreció agrésivamente: Michelet fue sustituido por Marx; Carlyle y Macaulay por Sir John Seeley y el obispo Stubbs, los vigilantes de la historia imperial y constitucional británica. La emocionante, bella prosa de los bostonianos: Bancroft, Prescott y Parkman, empezó a acumular polvo y a llenar los libreros de las librerías de viejo, en donde aún se las puede encontrar, gigantes olvidados que sestean entre las oscuras tapas de tela y cartón.

Emular, desde luego, no quiere decir imitar. No volveremos a escribir a la manera de ellos ni con su confianza retórica, ni debemos intentarlo. La actual generación de historiadores debe encontrar su propia voz, igual que lo han hecho todas las generaciones antes de ellos. La tradición narrativa no ha muerto de ninguna manera. En la obra de historiadores "profesionales" incuestionables —Bernard Baylin, Jonathan Spence, Eric Foner, James McPherson, William Cronon, Peter Gay— sigue estando bien viva. Escritores en los márgenes de la academia —como Richard Rhodes, J. Anthony Lukas y Taylor Branch— han creado una obra poderosa y creativa, incluso épica, sobre la historia de nuestro siglo y han creado un público merecidamente amplio.

Y luego está la conmemoración de fechas significativas como 1776, 1789, hasta 1492 —parteaguas que, como nuestros aniversarios privados, no hay que dejar de lado—, que en sus mejores relatos traen las vidas presentes y pasadas a una intensa comunicación directa.

Nos encontramos en el umbral del nuevo milenio. Se puede predecir con toda seguridad que las estrategias editoriales —por no mencionar las de los medios visuales— empezarán a organizar proyectos de magnitudes épicas: enciclopedias, series cinematográficas en va-

rias partes, camisetas y calcomanías que proclamen “Yo sobreviví el segundo milenio”, una historia para el Nintendo en la que todas las épocas y todos los imperios se paseen para ser vistos, para ser juzgados con una aceptable imparcialidad política.

¿Es mucho pedir que el *pathos* del pasado vuelva a encontrar a su historiador entre los batallones en lucha empeñados en acumular culpas o elogios al registro de la imperfecta humanidad? Al igual que el viajero del 2001 de Arthur C. Clarke, ¿descubriremos nuestros orígenes al buscar nuestro futuro? Con más modestia, acaso podemos pedir una narración ambiciosa que recuerde el tiempo descrito por Macaulay, cuando la aparición de una nueva historia parecía tan emocionante que “las bibliotecas ambulantes están atestadas; las sociedades del libro están conmocionadas; las páginas de la nueva novela permanecen intonsas”.

Al igual que el viajero del 2001 de Arthur C. Clarke, ¿descubriremos nuestros orígenes al buscar nuestro futuro?

“Amigo, ¿no tiene un paradigma que le sobre?” Reflexiones sobre cambios generacionales e historia latinoamericana

Barbara Weinstein

Tomado de “Buddy, can you spare a paradigm?: Reflections on generational shifts and Latin American history”, *The Americas*, 57: 4, abril 2001, pp. 453-466. El artículo de Barbara Weinstein me llamó la atención por tres razones. Primera, porque el título en inglés resulta atractivo, en tanto juega con una frase, “*Buddy, can you spare a dime?*”, asociada con las crisis económicas en Estados Unidos y que resulta apropiada por la terminación fonéticamente similar entre *paradigm* y *dime* (que desafortunadamente sufre en la traducción). Segunda, porque conocí brevemente a Barbara Weinstein a fines de los setenta, en uno de los foros de Radical History y entonces me impresionó como alguien vivaz e intelectualmente aguda. Por último, porque el artículo ofrece una visión inteligente y nada solemne sobre un asunto que preocupa a muchos de nosotros aquí en México, como ella también producto de los años sesenta y setenta. Barbara Weinstein actualmente investiga sobre la formación de identidades nacionales en Brasil y trabaja en la Universidad de Maryland. Traducción de Gerardo Necochea.

Cuénteme, ¿cómo fue que se interesó por la historia de América Latina?” Los latinoamericanistas cuyo apellido no es visiblemente